

Guillermo Bustamante Vera

El cuarto año

El presidente Felipe Calderón inicia su cuarto año de gobierno en medio de un grito desesperado. Y no es para menos, el país vive una de sus peores crisis económicas y el gobierno ha perdido el control territorial en muchas zonas del país a consecuencia de una guerra fallida contra el crimen organizado. Carga a costas la ineficacia de sus políticas y el temor de tener que entregar la siguiente administración al PRI, con la franca derrota de quien no pudo liderar la alternancia.

Los partidos de oposición tienen frente a sí el escenario perfecto para dar rienda a sus críticas y tratar de conquistar a los millones de votantes que en 2012 tendrían que acudir a las urnas. Sin embargo, antes tendrían que pensar a quién le sirve un país que no se puede gobernar porque los continuos enfrentamientos acaban con cualquier iniciativa, por buena que parezca. Además, es casi seguro que los ciudadanos no acudirán al llamado de los partidos y sus candidatos con la ingenuidad que lo hicieron en años anteriores, sin contar

que podrían ser más cautelosos con la crítica porque, por sí misma, no garantiza un mejor gobierno y en muchas ocasiones sólo deslegitima la política.

Quizás el mayor problema que padece nuestro país es que sus liderazgos continúan pensando con la misma lógica de hace 50 o 70 años. No se imaginan un país que pueda ser construido con las distintas visiones que lo conforman, sino quieren imponer la suya propia. Por desgracia, el sistema electoral afianzado desde hace 20 años reafirma esta situación, sin que existan condiciones para que los candidatos que se distancian en campaña puedan reencontrarse en el gobierno.

De ahí que pueda afirmarse que 2010 será un año decisivo para el país. Por un lado podrían manifestarse aquellos que tratan de imponer su proyecto nacional, convencidos de que el exterminio del otro representa en sí el avance de México. Y para ello simple y sencillamente retomarán sus puestos en las trincheras electorales, con el amplísimo

parque provisto en el Presupuesto de Egresos para el próximo año.

Cabe la esperanza también de que finalmente la clase gobernante se convenza de la inutilidad de este sistema para procurar los cambios estructurales que, gane quien gane en 2012, permitiría afianzar la economía de tal forma que crezca en los próximos cinco años a tasas superiores al 5 por ciento, por señalar uno de los temas más sensibles en estos momentos. Otro tema que reviste importancia es el de la gobernabilidad, perdida a manos de la delincuencia organizada pero también de poderes fácticos que a falta de regulación se han entrometido en las labores privativas del Estado.

El comienzo del cuarto año de gobierno de Felipe Calderón ofrecía una oportunidad, por lo menos simbólica, para corregir el paso. Pero, en vez de suscitar el encuentro de las distintas fuerzas políticas para acordar los cambios estructurales, lanzó sus propuestas cual ardid publicitario y con ello de nuevo despertó las desconfianzas de los partidos y sus grupos parlamentarios.

Lo anterior no demerita las reformas propuestas, que dicho sea de paso, no son sino el conjunto de reformas ampliamente discutidas tanto en el ámbito académico como político y que van encaminadas a darle vida a nuestra vida democrática, cercenada en la lógica de la competencia electoral, no porque ésta sea mala, sino porque es insuficiente a la luz de los resultados de las últimas décadas.

Reelección de legisladores, reforma fiscal, judicial, energética... pero sobre todo reforma del Estado para incentivar los acuerdos y no sólo la competencia, así como la participación activa y no sólo reactiva de los ciudadanos frente a los asuntos públicos, son los retos que deben asumir los partidos políticos y sus grupos parlamentarios para evitar que 2010 sea otro año perdido; otro año donde unos ganen y otros pierdan desde el punto de vista electoral, pero todos perdamos en los ámbitos social, político y económico. ☒

Economista

